



un lateo por el
CUSCO

Juan Carlos Guerrero



Un lateo por el Cusco

Juan Carlos Guerrero

© 2006. Juan Carlos Guerrero
Todos los derechos reservados.

© Portada diseño Íttakus (www.ittakus.com)



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.



Un lateo por el Cusco

Tipo Galván se reía por las huevas, se hallaba sentado en un sucio mueble, sucio y roto; sencillamente estaba para tirarlo a la basura, esa cojudez no debería llamarse mueble; hacía rato que era un objeto inservible, impresentable, que pertenecía al reino de lo impronunciable.

Nigger encendió otro porrito de marihuana. Sophie, la francesita, se hallaba junto a él, prendida de su bragueta, acariciándolo...besándolo...mimándolo...

La luz escasa de la habitación iluminaba a tuestas, en claroscuros, las siluetas de los tres; tibias siluetas desdibujadas en la pared, en donde las cucarachas parloteaban desmemoriadas.

— ¡Está bueno el troncho! — dijo Nigger, sobándole el culo a su francesita, rubia, bella y de lindos ojos azules, todo un culazo.

—Sí, pura hierbita, mira como corre, como se desliza suavemente por el papel, esto es otra cosa, no la huevada que nos fumamos por la tarde — respondió Tipo Galván, sentado en su pequeña parcela de mueble.

—Ponte algo de Bob, ¡mierda!, ¡rápido conchatumadre!, que no quiero bajarme, me siento bien aquí arriba, Bob sí que la sabe hacer, es una bestia.

—Se pide con modales “tío”.

Nigger era una rara mezcla de razas, un espécimen humano de un aspecto bastante desagradable para los ojos, usaba unas trenzas resinosas, barba rala, bamba grande, nariz ancha como la de un gorila y unos ojos horrendos. Olía a mierda, a remierda, aunque como decía él... culos no le faltaban. Siempre solía tener una gringuita desnuda en su mugroso cuartucho: cementerio de puchos de marihuana y largas ociosidades como las avenidas en donde vienen y van los hombres sonámbulos.

—Aquí tengo un cassette de cantos africanos, música de la buena, dura como mi verga, ponla te va a gustar Tipo — dijo Nigger.

Sophie acariciaba obscenamente el miembro de su “mono grande”, le gustaba sentir su dureza, cómo latía esa cosa entre sus manos, se la imaginaba increíblemente enorme, monstruosa, imposible de soportar en sus entrañas, le fascinaba esa idea, se emborrachaba de sólo pensarlo, sentía cosquillas deliciosas en aquella parte íntima de su cuerpo. Nigger no perdía el tiempo y hurgaba con sus oscuras manos, los muslos blancos de Sophie, aterciopeladamente blancos (como para soñar inmundicias en ellos). Los tipos con rasgos negroides le venían bien, en su Francia natal, había disfrutado en innumerables ocasiones la fogosidad impetuosa de cuanto semental de esa raza, se le cruzara por su voluptuoso camino: ghaneses, senegaleses, congoleños etc. Habían dormido con Sophie. Cuando llegó al Perú, en la vida soñó con toparse con un negro así, de tan rarísimo aspecto, aunque feísimo, pero inmensamente atractivo para sus ojos. Lo conoció por la plaza de armas de la capital peruana, Nigger andaba coqueteando con una blonda alemana, a la que dejó por irse con ella. Pronto fugaron al Cusco, ciudad de la que la francesita se enamoró; le parecía una ciudad inigualable, mágica e irreplicable, en la que uno jamás siente deseos de abandonarla. Hoy se encontraba aquí con su amante (Nigger), junto a Tipo Galván. A Sophie no le interesaban los hombres con aspecto semita, ya sean judíos o árabes, o lo que sean. En el momento en que vio por primera vez a Tipo Galván, lo único que consideró es que no le importaba para nada, y siguió prendida de su “mono” con brazos deformes y vocabulario deprimente, metiendo su lengua en aquella boca grasienta.

Tipo Galván observaba aquel cuadro de mal gusto, demasiado asqueroso, secretamente sintió fastidio por la escena, ¿no estaría celoso? aunque eso lo dudaba. Qué pensaría Mauricio, no lo iba a creer si viera lo que él estaba viendo, se refregaría los ojos, el “colorado” se desmayaría ante tan singular suceso; hay cosas que no se pueden desmenuzar así nomás, tan fácilmente, se necesita un poco más de tiempo, y no es que estuviera en contra del mestizaje, de la fusión de razas y todo ese rollo, eso no, todo lo contrario, lo aceptaba como una forma de unir al mundo, las fracciones le causaban espanto, un mundo en armonía es mucho mejor que cientos de etnias divorciadas. Tipo Galván a ratos coincidía las miradas con la francesa sin él proponérselo, luego llegaban huevadas a su cabeza, aparecían desconciertos.

—¡El Cusco es de la puta madre!, aquí se puede fumar sin mucha palta — exclamó Nigger.

—En eso te doy toda la razón, la policía no hace tanto chongo como en Lima, allí sí que es un poco jodido meterse un porrino en el día y en plena calle —dijo Tipo Galván.

—Qué vas hacer más tarde, aparte de correrete la paja.

— ¡Pucha que ya no ando en esas!, ya fue, aunque de cuando en cuando hace falta una buena “corrida”.

—Sí huevón todos los días.

Definitivamente el “colorado” no creería nada de lo que sucedía aquí en el Cusco, el orden de las cosas las hubiera visto patas arriba, se le saldría lo intolerable; Mauricio sí que no aguantaría pulgas, si viera lo que Tipo Galván se hallaba viendo, sería una certera patada en los huevos, para sus ideas radicales.

Cuando Tipo Galván llegó al Cusco, vino subido en un camión de carga, le dolía casi la totalidad de su cuerpo, los huesos, la cabeza, había tragado polvo como mierda, sus pulmones seguramente se encontraban contaminados con tierra. Apenas se bajó del camión, cargó su mochila y se fue a latear, a conocer gente, a dar vueltas por la plaza, a “ladrar”, a llenarse de vida; estaba en el Cusco, como había sido su deseo y él, particularmente, no pretendía perderse nada. Juntó sus poemas y los empezó a leer, pensó por un instante que aquellos mustios poemas no servían para nada (poemas para cagones, sobre desamores y obsesiones con “culos” imposibles y otras cojudeces más, nadie en su sano juicio se atrevería a comprarlos, huevadas redondas, eso es lo que son). Dudó entonces en ponerse a vender “los sucios poemitas”, a pesar de que ya no tenía plata, y sentía un hambre demoledor en su estomago -conciertos desafinados de tripas, que venían desde muy hondo-, el vértigo le comenzaba a subir por la cabeza, no disponía entonces de otra alternativa que vender sus versos, hasta ahora recuerda ese anochecer cuando entró a un bar y unos borrachos le preguntaron : qué es lo que quería, y él únicamente respondió que vendía sus poemas y si ellos pretendían comprarlos. Aquella noche bebió con los borrachos hasta el otro día, les compraron muchos de sus poemas, para los tipos sus composiciones eran geniales, y lo trataban como un hombre importante (un errabundo con aura de filósofo a decir verdad), con tantas cosas que contar. En breve se hizo conocido, relativamente conocido por las calles cusqueñas, por la Plaza de Armas, o

en cualquier espacio por donde acostumbraba charlar con sus amigos, completar los días con historias nuevas. La estaba pasando bien, como se lo imaginaba; las noches cusqueñas jamás las podría olvidar, eran otra cosa, con nada comparable. Gente de distintas partes del mundo se encontraban aquí saboreando de todo lo “bueno” de la ciudad sin pesadumbres, las perturbaciones pasadas se podían mandar perfectamente al diablo. Aquí uno conseguía escupir la resaca sin nada de que objetarse de una noche a otra, podía sobar el culo sin pudor alguno a cualquier mujer, que lo deseara, y ¡vaya exquisitez! muchas mujeres lo deseaban. Los muchachos más vagos de sus barrios andaban por aquí, en busca de la gringa de sus anhelos, tenían la infalible certeza que aquí la encontrarían, sencillamente era cuestión de hallarla divagando por la plaza o bailando en cualquier discoteca. ¡Así de fácil!

—La música está buenísima, te lo dije, un “*Chimurenga*” de Zimbabwe, es algo inolvidable, ¡de la puta madre! —dijo Nigger, frotando su cuerpo contra las nalgas de su francesita —, ¡qué miras pajero! nunca has visto un trasero así, hoy te tiras como tres pajazos, sí, ya lo creo.

Nigger se cagaba de la risa, enseñando sus dientes amarillos, se reía hasta toser. Sophie no entendía nada, simplemente se entregaba a las caricias de su amante, a ratos miraba de reojo a Tipo Galván, luego extraviaba su mirada por entre las paredes, seguidamente enterraba su cabeza en el pecho prieto de Nigger y se le nublaba todo. La francesita cerraba sus ojos, después volvía a mirar a Tipo Galván; aquellas cejas espesas, muy negras, y esos ojos tan profundos, le recordaban a alguien, le hacían retroceder a otro tiempo, adonde ella no pensaba volver a viajar, el presente era íntegramente eso : los brazos y las caderas recias de Níger; del pasado no deseaba aprisionar siquiera un nombre. Dejó de lado esas vaguedades para que se vayan a la cloaca más cercana lo más pronto posible, le jodía que vinieran a su memoria las pisadas que tanto la inquietaron años atrás. Nigger succionaba el lóbulo de la oreja izquierda de Sophie, en tanto que ella frotaba sus nalgas contra el miembro duro de Nigger, lo adivinaba verdaderamente monstruoso, de una longitud imposible de aguantar.

Tipo Galván se hallaba recostado en un rincón del mueble, ensimismado en pensamientos confusos, volando en cojudeces, algunas cosas le cansaban, “no siempre fumarse un porrito es el paraíso”, hay cosas que joden el alma. Se encontraba cansado de huevear por allí, de llevar una forma de vida poco ejemplar, para nada

productiva, era como una balsa a la deriva, sin dirección alguna; los años estaban pasando, él se daba perfecta cuenta de aquello, pero no parecía haber una reacción suya; lo que cualquiera podría observar es que andaba equivocado, siempre apostando en locuras que a nada bueno conducen, claramente sólo a la autodestrucción. Hoy estaba en el Cusco vendiendo sus poemas ¿y mañana?, ¿qué pasará mañana? Los jodidos mañanas, que se acumulan ineluctables en la puerta de las cosas por venir. Aspiró su porro de marihuana, “al pincho con esas meditaciones” se dijo, lo tendría que decir fuerte, para espantarlas. Aulló salvajemente, como una suerte de terapia, queriendo aniquilar de una vez por todas ciertos demonios internos que trataban de cagarle su existencia. En realidad, no ambicionaba mucho, no tenía grandes pretensiones, ínfulas desmesuradas, semejantes a las tetas de una vaca, nada de eso. Le hubiera gustado administrar un pequeño y bonito restaurante, casarse con una linda chica, tener un par de hijos, vivir en paz con sus vecinos hasta donde se pueda, seguramente como casi la totalidad del mundo desea: sus ambiciones no tenían nada de particular.

La luz de los postes se filtraba por la ventana del cuartucho, se adelgazaban en las paredes, afuera era otra cosa, eran como las doce de la noche. Le dieron ganas de salir, de ir a latear por allí, ya no le apetecía estar aquí (en la habitación) junto a Nigger y esa francesa libertina, le hastiaba estar mirándolos en un plan tan cachondo, friccionando sus cuerpos libidinosamente, como si él no existiera. Si Mauricio viera tal escena se ahorcaría, el “colorado” poco que podía soportar a la gente de piel oscura, odiaba a los cholos y a los negros por igual, sus amigos del barrio le llamaban “el nazi” o “el loco Ku Klux Klan”, por su manera tan fanática de despreciar a la gente de otro color; no podía concebir la lata esa del mestizaje, las veía como simples ahuevamientos de las masas, ¿un mundo multicolor? Le asqueaba tal posición tan descolorida como planas, iba contra las integraciones de las culturas, contra la idea de que en el mundo llueven flores de varios matices; aunque no militaba en partido alguno u organización para defender sus anquilosados ideales, cuando podía los exponía sin mayores remordimientos, así tuviera encontronazos fuertes: creía ciegamente en su filosofía. “Pobre loco de mierda” el colorado Mauricio, radical hasta para escoger los colores de sus calzoncillos.

El ritmo africano, los tambores, las guitarras y los sonajeros de calabaza se entremezclaban en la habitación, de las letras nada se entendía, lo que quedaba era la música, el ruido y la cadencia. Nigger se deleitaba como nadie con aquellas canciones

de contenido político que él ignoraba por completo, ni imaginaba de las cosas que denunciaban las letras, en tanto que apretaba la cintura de su francesa y jugaba con sus tetas tremendamente hermosas, enormemente blancas y tersas.

Tipo Galván de pronto se acordó de una antigua enamorada que tuvo hace algún tiempo atrás, sabía que ella nunca lo había amado; las imágenes con ella no eran del todo placenteras, no recordaba un instante para tenerlo eternamente en la memoria, solamente esos besos que siempre le habían sacudido; era bella, irresistiblemente bella, pero que mal se comportó con él, no merecía tanta belleza. Seguramente la muy perversa se estaría divirtiendo en alguna discoteca de la capital, con cualquier fulano de ocasión, “una caliente pingas” eso era, porque de follar nada, le daba muchas vueltas al asunto, se excusaba muy a tiempo, divagaba en la posibilidad. La conoció en una discoteca de gays, ¿qué hacía una chica digamos que decente, en lugares inapropiados como ese?... Ella se hallaba en un rincón con un par de amigos de talantes ambiguos, bebiendo cerveza y bailando con sensualidad, con su cabellera castaña bien cuidada, aquellos ojos verdes intensos, el pantaloncito a la cadera y su blusita que descubría su travieso ombligo, siempre tan linda, una preciosura. Tipo Galván llegó de madrugada después de haber lateado por varios sitios, sin otra cosa que hacer cayó en dicho lugar; iba solo, había estado bebiendo con unos desconocidos en un bar, antes de llegar a aquel recinto. Apenas ella lo vio, comenzó a coquetearlo, los dos tipos raros también hicieron lo mismo con él, aunque con disimulo. Tipo Galván jamás podría pasar inadvertido en ninguna parte, con su metro ochenta de estatura, cuerpo atlético y un rostro bastante agradable, pocas chicas lo podían mirar con indiferencia, y ella menos que nadie (que tanto le encantaban los muchachos guapos). En menos de lo que imaginó ya estaba bailando con ella, en breve ya estaban besándose mientras le juraba que tenía un novio oficial de la Marina, que se encontraba de viaje por Europa, y que se sentía muy enamorada del marino (después se enteraría que lo que afirmaba simplemente era parte de su espectáculo, siempre le decía lo mismo a todos). Pero como besaba la niña, salvajemente le mordía los labios, lo estrujaba. El par de chicos raros a veces solapadamente le tocaban su cuerpo, parecía que Tipo Galván fuera el trofeo, aunque él nada con los chicos ambiguos, permanecía totalmente entregado a la pasión de aquella mujer, arrinconados en la pared se mordisqueaban, confundían sus alientos.

La volvió a ver como en cuatro oportunidades, más por las ganas de él que por las de ella; todavía recuerda como si fuera hoy mismo el momento que le dijo que

de hoy en adelante, ya nada podría haber entre ellos dos, que todo había acabado, y que por favor se olvidará para siempre de ella. Así de desalmadas fueron sus palabras, tajantes. Tampoco comprendía por qué tendría que considerarla como una enamorada si nunca lo fue. Supo por boca de uno de sus amigos que ella estuvo viviendo hasta hace poco en Argentina, y que era una aventurera de los besos, pero no en el arte de follar. Nacida en el regazo una familia adinerada, vivía en un barrio bien de la capital (por San Isidro), una rebelde por las huevas, solamente por las ganas de querer serlo, y que él -aunque a ratos ella- no entendía cómo un chico tan...pero tan guapo, hubiera caído en su trampa de seductora barata, “¡caray que cojudito me resultaste!”, le dijo aquel personaje que ya tenía los ojos revoloteando como mariposas. “Zafa, zafa mariposón del infierno”, le respondió con el pensamiento y se largo de allí.

La imagen de la muchacha se esfumaba rápidamente, ya no cavilaba con ella, en lo muy linda que es, sin mucho lamento, ni tragedia, su retrato se disolvía como el humo de un porrito. Ella se había inventado un mundo en el que Tipo Galván ya no pertenecía (un mundo en que la piedra primordial es seducir a cuantos chicos guapos pudiera) seguramente si se volverían a ver no tendrían demasiado que decirse: definitivamente no era la mujer que buscaba; pocas cosas para recordar quedaban de aquella relación, en la que él siempre se sintió como el más desamparado de los pasajeros, tan mal repantigado en la vida de ella.

— ¡Pajero en qué piensas! — gritó Nigger moviéndose encima del cuerpo de Sophie, que apoyada de espaldas en el sucio mueble, soportaba el peso de aquel negro antiestético.

Tipo Galván no le respondió, probablemente no había escuchado la voz de su amigo. Sus ojos parecían mirar un horizonte de hormigas en la pared, universos de cucarachas que se precipitaban infinitamente por la ventana, soledades en mayúsculas y garabatos gramaticales durmiendo en algún enagua.

— ¡Hey tú!, ya no te masturbes hijo de puta —vociferó Nigger, moviéndose sobre el cuerpo semidesnudo de la francesa, la silueta de Sophie parecía resplandecer por su blancura, contrastaba enormemente con la oscura piel del feo aprendiz de rastafari.

—¡No me jodas Nigger!— alcanzó a decir Tipo Galván, “negro presumido” especuló, seguidamente se lo dijo.

—A rascarse los huevos a otra parte, cabrón —respondió Nigger.

El efecto de la marihuana empezaba silenciosamente a desaparecer en el cuerpo de Tipo Galván que aterrizaba a la certidumbre, y él un poco que no quería palparla con nitidez. La débil luz le molestaba, le dolía, le jodía.

— ¿Fúmate otro troncho Tipo? sube de nuevo que te ves fatal; cuando pisas el suelo... te caes de culo —dijo burlonamente Nigger abotonándose la camisa y mirándole con sus ojos sin brillo, sus ojos feos de cocodrilo. La mueca de su boca era espantosa, sin estética, su ego siempre andaba crecido, muy a menudo se comportaba de una manera insoportable, solía vivir en su propia nube inventada por él, a pocos caía simpático, le llegaba al pincho caerle bien a los demás. Aunque con los amigos a quienes pedía “favores” hacia la excepción.

Sophie, yacía semidesnuda en el asqueroso mueble. Ese hombre sí que se había movido bien, sin embargo no se encontraba del todo complacida, sólo a medias satisfecha; tener sexo repetidas veces era una de sus actividades favoritas, la principal, que no lo lograba compararla nada.

En el momento que la francesa levantó la mirada, se topó con un par de cejas espesas, perfectamente alineadas arriba de unos ojos que brillaban dentro de la escasa luz de la habitación, la profunda mirada de aquellos ojos embrujaban, a intervalos parpadeaban, como si unos faros estuvieran haciendo señales en medio de un océano crepuscular. Sophie lo contemplaba de soslayo, ella no quería mirarlo directamente, aceptaba que era un tipo lo suficientemente atractivo como para despistarla, lo que realmente le fastidiaba era que cada vez que lo observaba le traía recuerdos de alguien. Sin ella siquiera desearlo su mente se había ido a vagar al París de sus malditos días de adolescente; desde el principio, desde cuando lo vio había disimulado, había hecho esfuerzos supremos para que no vinieran esos recuerdos, pero ya se hallaban aquí, brincado por la vastedad de la habitación, como duendes juguetones.

El perverso de Ibrahim, aquel chico palestino, que tanto la hizo sufrir. Se enamoró perdidamente de aquel patán de cabellos oscuros y cejas muy idénticas a la de este hombre que hoy se encontraba parado frente a ella. Cómo la “maltrató” sin una pizca de piedad (a ella que tanto lo amaba), ¿por qué razón hizo eso?, largarse cuando más lo necesitaba no es de hombres. ¡Ibrahim eres un cobarde!, ¡un maldito palestino sin tierra!, ¡hijo de nadie!, ¡hijo de puta, auténtico descendiente de los salteadores del desierto! ¡de un circo pulgoso! No le apetecía que se asomaran reminiscencias que desordenaban su mundo interior. De Ibrahim no quería acordarse absolutamente nada, un indeseable es lo que fue, y aún lo es, que se encargó malévolamente de nublar su pubertad, sus primeros pasos pletóricos de ilusiones. El descubrimiento del amor fue para Sophie algo bastante cruel, una cita agria, que más tarde la volvió desconfiada con todos los tipos con rasgos semitas que se le acercaban, para el propósito que fuera.

Y en París abundaban los hombres con las características físicas similares a las de Ibrahim, los odiaba a todos... a todos esos inmigrantes argelinos, marroquíes, persas, etc. Las oscuras cejas de Tipo Galván, también de algún modo son culpables de que hubieran venido las remembranzas de las horas con su primer amor; aquellos momentos perdidos en los brazos de Ibrahim, al que solamente le deseaba la peor de las suertes, ¡qué se pudra eternamente en los infiernos! y todavía eso era poco. Por qué demonios este muchacho peruano tenía que hacer resucitar al más insensible de los hombres, que a pesar de que por aquel entonces era sólo un jovencuelo, cómo sabía hacer sufrir, llevaba en las venas ese machismo tan musulmán, tan morisco que definitivamente la destrozaron por completo, la convirtieron en una niña desnuda e indefensa ante el mundo. Sophie trataba por cualquier medio de no tropezarse con los ojos de Tipo Galván, de no mirarlo de frente. Se mostraba indiferente con él, como si no existiera. Aparentaba con éxito en hacerle creer que su presencia no significaba nada para ella. A ratos en contra de su voluntad se atrevía a mirarlo. Llevaba él la barba sin afeitar, que seguramente rasparía deliciosamente sus mejillas si lo tuviera tan cerca, dueño de unos ojos luminosos, usaba el cabello corto que armonizaba con su cabeza bien formada; el cuerpo bien constituido, comparándolo con Nigger, su amante, este nada tendría que hacer a su lado, la diferencia sobraba y de lejos.

Pero debía de odiarlo, de aborrecerlo, hacerlo padecer, así no le hubiera hecho absolutamente nada; su desinterés por las cosas que el muchacho decía, parecían incomodar a Tipo Galván que no comprendía la postura de aquella francesa,

inmensamente fría y distante con él, como si le causara algún placer ignorarlo. Tendría que ser muy dura con él, castigarlo, por asemejarse tanto a aquel palestino mal nacido (aunque no sabía por qué causa, este muchacho le parecía un tipo muy interesante) pero trataba de no fijarse en tales detalles. Sin darse mucha cuenta le comenzó por gustar su manera de tocarse los cabellos, le empezó a fascinar aquella mirada melancólica, esa forma de comportarse frente al mundo, sus abstracciones tan enmarañadas como seductoras, probablemente él no se daba cuenta de lo seductor que se le notaba. Nigger era un simple malcriado, que alardeaba por su suerte con las mujeres y de su virilidad de fauno, un hombre común y corriente, sin pudor y de muy malas costumbres, aunque eso también le encantaba (la indecencia de Nigger, su “mono grande”, tosco hasta en el hablar).

Todo lo contrario, Tipo Galván era para recordarlo toda la vida, con esos aires de maldito, hasta cuando fumaba era una delicia verlo, con el cautivante estilo que poseía para aspirar y exhalar el humo del cigarrillo, todo un ritual, daría cualquier cosa por grabar aquella escena. Se le advertía como un hombre con ideas libres, rebelde ante las injusticias de las sociedades opresoras, decían por allí que escribía poemas y a Sophie le encantaban los poemas. Sin ella insinuarlo le empezó a hechizar aquel “demonio encantador”, ese “ángel cruel”, que para su desgracia se parecía tanto al “cabrón palestino” que la humilló como jamás nadie después lo hizo. Juró que de allí para adelante nunca en su vida volvería a acostarse con tipos con rasgos arábigos, “¡son unos hijos de perra!”,” ¡camellos malparidos!” Y así fue hasta la noche de hoy, ningún hombre de esa etnia le había tocado. Hoy solamente sus ojos se iluminaban por los hombres de aspecto negroide, que le hacían pasar instantes placenteros en la cama. Desde bastante tiempo atrás que prefería amantes negros, casi desde la fecha en que Ibrahim la despreció sin interesarle sus lagrimas de adolescente. Inconscientemente deseaba sentirse la mujer más sucia, hacer lo que le plazca con los hombres sin documentos en París: gente marginal, oscura, hambrienta, con mal olor, sus inmundos objetos libidinosos.

El mundo de los negros africanos de París la atrapó -un verano después de la partida de Ibrahim de Francia-, paseaba siempre por los barrios donde ellos eran multitud, sin mucho esfuerzo enredaba en su tela de araña a su amante ocasional, para posteriormente acostarse con él. Lo único que le importaba era no tomar a nadie en serio, nunca se sintió comprometida con ninguno de aquellos hombres, tampoco sintió el más mínimo sentimiento de amor siquiera (bañarse en la podredumbre,

sentirse poseída por una garra animal, en la más insalubre de las habitaciones, su existencia se había reducido simplemente a eso).

— ¡Ven para acá gatita!, ¡te lo ordena Don Gato! — gruñó Nigger, se hallaba sentado en el piso encendiendo un porrito de marihuana, escuchando una lejana canción de Bob Marley.

Sophie de pronto se sintió desnuda, le ruborizó su desnudez, le dieron ganas de taparse con algo, lo primero que encontró fue una casaca, cubrió su cuerpo con el “trapo”, se amoldó en el mueble roto, luego prendió un cigarrillo.

Tipo Galván se acomodó los cabellos, miraba para abajo, sin otra cosa que hacer que arrancarle los dientes a sus recuerdos.

— ¡Fuma maricón!, está buena la grifa, te va a subir de nuevo —exclamó Nigger, invitándole un troncho de marihuana.

Sophie observaba con cierta curiosidad, cubriéndose su desnudez como mejor podía, algo en su adentro la incomodaba, no le pertenecía esta secuencia, no podría imaginar que su vida hubiera tenido tantos desórdenes, en todo este tiempo jamás se detuvo a pensar en dejar un espacio para el verdadero amor, soñar con aquella luna romántica, había sido tan egoísta consigo misma.

— ¡Basta por hoy! ya no fumo, me voy a latear por ahí, quiero ver gente — sentenció Tipo Galván sumamente decidido en lo que decía.

— ¡Putá!, que la noche se pone bacán, espérate un rato y nos vamos juntos.

—Yo ya me voy, no puedo esperar, quiero huevear por la calle.

—Tranquilo “tío”, avancemos con calma, a mí ya me aburrió este “culo”; quemamos unos tronchos, luego nos largamos a donde sea — dijo Nigger, mientras armaba otro porrito.

No quiso escuchar lo último, estaba llegando a la puerta. Sin más ni más, se sacudió la camisa a cuadros. Tal vez Nigger lo estuviera llamando creyó escuchar su

voz, pero no le dio importancia a lo que imaginó oír. Ya se encontraba en la calle, encendió un cigarrillo; hacía frío cuando comenzó a latear, a mirar gente, a vivir, a huevear. El Cusco de noche no es lo mismo que el Cusco de día, la gente lateaba, bebía sus tragos en los pubs, en los bares o en la misma calle. Tipo Galván saludó tibiamente a un grupo de muchachos que bebían en una banca de la Plaza Mayor, lo invitaron a beberse unos tragos, caviló en que le vendría bien un par de vasos y no despreció la invitación. Había harta noche por delante, la noche recién se iniciaba, la verdadera noche, la espaciosa noche. Uno de sus amigos de ocasión, alardeaba de su suerte con las alemanas, el otro era especialista en acostarse con judías, un tercero se ufanaba de ligarse mayoritariamente holandesas.

—Las holandesas son unas bravas fumando y en el sexo, ¡pucha! que hay que ser un artista consumado, piden que se las metan hasta las bolas — dijo uno de ellos.

—Son tan perras como las francesas —dijo otro.

Le empezaba a llegar al pincho escribir poemas. ¡Soy un cojudo o qué! ¡Las santas huevas! .Sus amigos seguían hablando de sus hazañas con las extranjeras, de los muy fornicadores que son, “hueco que veían agujoneaban sin tapujos”. Tipo Galván a veces se entendía poco, no sabía qué mierda hacía en el Cusco, cagándose de frío, tan lejos de la pequeña ciudad en donde nació y lejos de Lima en donde radicaba. Encendió otro cigarrillo, “ya no quería” “subir, fumarse un troncho de marihuana para escapar de la jodida realidad de estar aquí. El “Mama África” estaría reventando. Y la gente allí repitiendo lo de la otra noche, la misma música, las mismas escenas, los mismos ataques, los mismos tragos, los mismos “culos”; claro que ocasionalmente eran otros cuerpos, la gente ya no era la misma, pero siempre era la misma huevada, las mismas ganas de agarrarse una gringa. Estaba medio aturdido por los tragos que bebió en la Plaza de Armas con sus amigos: los cazadores despiadados de gringas. Después estuvo lateando a forro por Procuradores y Plateros y le jodía todo, no se sentía a gusto con nada. En contra de su voluntad, quizás inconscientemente, su cuerpo fue a dar al “Mama África”, la juerga estaba allí, la misma juerga de siempre, la de todas las noches. Tímidamente se apoyó en la barra, se embadurnó de música, simplemente quiso sentirse allí, como los demás, dormirse en la simbiosis que producía aquello, tales efectos. Deseaba afanosamente volverse el ser elemental que alguna vez fue, cuando aún leía su destino en los horóscopos. Pero

de un tiempo a esta parte las cosas las consideraba repetidas, iguales. Algo le jodía su existencia.

Nigger bailaba con una chica noruega de piel blanquísima, casi transparente, cabello pálido, flaca como un palo de escoba; resumidamente se le veía poco atractiva, llevaba una larga falda, una bolsa de piel y sandalias negras. Los intentos de Nigger fueron correspondidos, sin esforzarse mucho ya estaba recorriendo completamente ese cuerpo y besándolo. A la joven noruega se la notaba satisfecha, hipnotizada por su amante. Nigger se cagaba de la risa, cuando sus amigos lo saludaban, levantaba su vaso y brindaba con ellos, les sacaba la lengua y enseñaba un nuevo *piercing*, hoy estaba de estreno y con nuevo "culo", los muchachos celebraron eso: su infalible puntería con las gringuitas. Nigger hacía mover a la noruega por distintos lados, enseñándole unos pasos de baile de su colección. Se divertía, chongeaba, la pasaba bien.

Sophie sentada en una de las mesitas cercanas al balcón se acomodaba el pantalón, sin otra cosa que hacer, que mirar el recinto, diversos muchachos se habían acercado con el afán de enamorarla. Pero ella tenía nulas ganas de conversar con alguien. De todos opinaba que eran tipos ridículos. Hombres que simplemente apetecían de ella, la miraban como un objeto para fornicar y eso le empezaba a cansar, a fastidiar. Ese mundo se lo había inventando. Aquellos encuentros la tenían secuestrada. En toda esta época estuvo viviendo solamente para eso, era un vicio obscuro el acostarse con diferentes hombres. En otras ocasiones nunca se lo tuvo que preguntar, pero hoy se planteaba tales dilemas, ¿por qué desde hacía tanto tiempo no conocía la palabra amor?, alguna vez se sintió enamorada de un hombre, pero él la traicionó, y hoy odiaba a los individuos de su raza. La palabra amor la sentía utópica, sin sentido, irreal, chata; no esperaba nada de la vida, simplemente a vivirla plenamente, sin tener que ruborizarse de nada en absoluto. Decididamente le dieron ganas de largarse a París, del Perú se llevaba maravillosos recuerdos, especialmente del Cusco. A Nigger ya lo había olvidado, ya no le interesaba volver a verlo, quizás estaría por aquí en la misma discoteca, pero eso no le afectaba. Estaba resuelto se iba a París mucho antes de lo previsto, a urdir una nueva Sophie, y encontrar por fin al hombre que de niña siempre soñó, una nueva vida la estaría aguardando acaso, con abundantes matices, atestada por acontecimientos bellos. Se sintió un poco entusiasmada, le placía la posibilidad de poder vivirlos, en hallar por aquellos caminos al hombre de su vida, al que daría de una vez por todas su amor, en algún código que

no podía ver con los ojos, posiblemente se hallaría escrito. Aunque quería ver antes de irse a ese muchacho de rasgos arábigos por última vez, había indagado esa misma noche que escribía poemas y que era un buen tipo como lo supuso, que no era un adicto a la marihuana, como seguramente él quería que lo miraran, fumaba sólo esporádicamente y hablaba de cualquier tema, con la lucidez de los que saben; ansiaba conversar con él, contarle algunas cosas, de lo equivocada que estuvo, de lo mal que lo trató y que la perdonara por comportarse así con él, pues eso sí que estuvo pésimo, eso jamás iba a volver a suceder. Un hombre vestido con un poncho multicolor y cabellos largos se le acercó, le dijo que era una mujer muy guapa y consideró que era increíble y absurdo verla sola, que si no quería compañía, le habló del Imperio de los Incas, de lo orgulloso que se sentía que en sus venas corra sangre incaica, le declaró su amor allí mismo en lengua quechua; pero a Sophie le aburrió tremendamente la presencia de aquel tipo, que intentaba vender una imagen desproporcionada de los Incas, para los ojos de la francesa.

Se hallaba caminando como buscando a alguien y no encontraba a ese alguien, sólo se topaba con muchas caras que la miraban con lascivia, ella las obviaba, esquivaba las pretensiones nebulosas de aquellos hombres. Deseaba verlo, conversar con él sobre cosas interesantes. Decían que escribía poemas...poemas malditos...poemas existenciales. Tal vez sea un neo- filósofo que se cagaba de risa del mundo, defendiendo su derecho a existir con posturas ideológicas tan crudamente reales. Quería ver a ese “demonio encantador”, y sin embargo no lo hallaba por ninguna parte, definitivamente en el “Mama África” no estaba. Se había paseado por la inmensidad del recinto y ni un pelo de él. Ya era bastante tarde. La pesada madrugada reinaba en la Plaza de Armas cusqueña. Sophie le dio tantas vueltas como pudo a la plaza y no estaba, se paseó por Plateros, por Procuradores, por otras calles que no recordaba sus nombres, buscándolo, y de su rastro nada, se tropezó con unos borrachos que se agarraban impudicamente los huevos, mostrándoselos, mientras escupían inmundicias, a los cuales ignoró; volvió a la Plaza de Armas, hizo las mismas vueltas, al “Mama África” de nuevo y nada. Hacía bastante frío por la Plaza de Armas, sin muchas ganas se sentó en una banca, soplando el aire; se encontraba fatigada, cansada, frustrada. Una ligera llovizna empezó a caer, poco a poco la ligera llovizna se descubrió como una recia lluvia que en contados segundos empapó la plaza, los árboles, los monumentos, su cigarrillo... y un tanto su corazón. Se marchaba a París, a buscarse como persona, a reinventarse, a prestarle oído a sus sentimientos; y sin embargo, le fastidiaba no haber podido encontrar al muchacho del que se decían

cosas fascinantes, sentía rabia, impotencia, haberlo tenido tan cerca y no prestarle oído a nada, no darse cuenta de lo bello que pudo ser... Se marchaba a París a terminar sus estudios, a vivir el mundo adulto, a casarse, a parir hijos, a volverse vieja, a morir. Pero del muchacho de las cejas oscuras nada sabía, quizás jamás en su vida sabría más de él, de sus poemas, de su voz, de sus palabras, cosa que le parecía terrible. La lluvia no paraba -un carnaval de lluvia que hizo apresurar a mucha gente a regresar a sus casas-. Sophie pensó en la retirada, estar allí ya no tenía caso, ya nada valía la pena, a pesar de las horas tempranas, su estrella se había despertado algo tarde. Desganada dio los primeros pasos, las cosas le empezaron a parecer sombrías, no le llegaban imágenes buenas. Empapada en una esquina, recordó pasajes de su vida, y muchas cosas se fueron en bicicleta para siempre.

Tipo Galván bromeaba con el chofer de un viejo camión de carga, iba con su mochila y en una mano sus poemas. El Cusco le había cansado, aburrido, ya no tenía ojos para ver las mismas cosas...se largaba. La lluvia se descosía entre las nubes, arreciaba. Se guareció en la parte trasera del camión, en medio de sacos llenos de no sabía qué productos comestibles. Se acomodó en un rincón que le pareció preciso para descansar. Intentó dormir, pero lo que se le vino a la cabeza fue aquella chica que alguna vez conoció, la que imaginaba irrepitable, pensaba que era casi imposible volver a encontrarla, sin embargo la buscaba, hasta en sus sueños si eso fuera concebible; se tranquilizaba en sostener que el destino no tendría que ser tan injusto con él, no entendía cómo pero algo en su interior le decía que la iba a volver a ver, que la encontraría, y a aquellas visiones iba, con poco equipaje y sus poemas, era más que suficiente. La lluvia golpeaba afuera, aunque adentro no, de ningún modo quiso volver atrás, “en lo de Nigger y la muchacha francesa”. De ella tenía vagos recuerdos, la entendía poco, medio como que evitaba un tanto descaradamente tener amistad con él, charlar sobre cualquier tema, aquello le pareció raro; él jamás se había propasado con ella, el mundo estaba pletórico de interrogantes, de lunas por descubrir, “las cosas que la gente hace cuando seguramente alguien le cae mal.” Aunque tenía que reconocer que era tremendamente hermosa, muy guapa, a pesar de era obvio, que la joven francesa tenía otras obsesiones, en la que él no estaba para nada incluido. El camión aceleró y con ello, se fueron los dibujos, los pensamientos, las noches y los días en el Cusco. Lógicamente se llevaba las remembranzas en la mochila, en sus poemas y en la memoria. El último recuerdo del Cusco fue esa lluvia y nada más para Tipo Galván, que ya se encontraba durmiendo.

El autor: Juan Carlos Guerrero



Nacido en San Vicente de Cañete, Lima, Perú.

Autodidacta, no ha seguido ningún estudio que tenga afinidad con la literatura.

Autor del libro: *Algunos cuentos para ti y otros para el mundo*, Editorial San Marcos, Lima, Perú. Seleccionado entre los textos finalistas del *Primer Concurso de Narrativa Libros en Red 2004*.

En el 2002 salió finalista de un concurso de cuentos sobre viajes: organizado por el diario *El comercio*.

Su obra: *Algunos cuentos para ti y otros para el mundo* se encuentra como referencia para estudiantes en la Universidad de New México, Albuquerque, EE.UU. y en el catálogo de la unión(GVB) de siete estados alemanes del que forma parte el Berlín, Ibero-Amerikanisches Institut PK Bibliothek.

Un relato suyo-*Un Haiku*- ha sido publicado por la prestigiosa revista RENACIMIENTO, Sevilla, España.

Es director de la revista artesanal *Espartako*